

te y hermosa corola, es la savia que brota potente y llena de vida, en la que el corazón de la madre se deleita.

Los que aparentan indiferentismo hacia esos actos de simbólica y grandiosa significación, no han podido desterrar de un modo absoluto, á pesar de sus alarides de descreimiento, el recuerdo de esas sencillas y puras emociones de la niñez.

Cuando la nieve de los años blanquea sus cabellos y en el fluido vital se inicia el período decadente, creen y hallan consuelo y esperanza en lo que antes menospreciaban, recordando con verdadero enternecimiento á los venerables seres que hicieron brotar en su mente ideas consoladoras para su vejez. Entonces se comprende la misteriosa unión del cielo y la tierra, del espíritu y la naturaleza, armonizado todo con las bendiciones del Creador.

ANTONIO GARCÍA LLANSÓ.

LA ÚLTIMA JOYA.

De un palacio condal son las ruinas
Hoy á misero albergue consagradas.
¡Así las fortalezas olvidadas
Prestan nido á las pobres golondrinas!
Soberbio es el balcón, donde grabados
Brillan los timbres de pasada gloria.
¡Ay! ya no guardan de ella ni memoria
Los hijos de los nobles degradados!
Soberbio es el balcón, regio en nobleza;
Pero su mármol frío
Se niega á dar albergue á la pobreza,
Y rotos sus cristales,
La lluvia, el sol, el viento y el rocío
Penetran á raudales
En su viejo salón mudo y sombrío.
Allí del crudo Enero una mañana
En que el rocío se convierte en hielo,
Muriendo está una anciana
Sobre unas pajas en el duro suelo.
Muriendo está de hambre.... ¡Qué agonía!
Bajo aquel techo de marfil y oro
Bebe el suelo las gotas de su lloro
Como bebió el licor de las orgías.
Allí una pobre niña, una paloma,
Que va á dejar la muerte abandonada,
Llora junto á su madre arrodillada,
Y á sus ojos temblando el alma asoma.
¡Ella quisiera darle, en su demencia,
El soplo de su virgen existencia
En la divina luz de su mirada!
Y al ver que se moría
Y la olvidaba el mundo, en su egoísmo,
Pobre azucena al borde del abismo,
La cabeza inclinó.... ¡qué pensaría?
Cual torrente de oro desprendido
Rodaron por la frente sus cabellos,
Y el sol, compadecido,
Rompió las nubes por mirarse en ellos.
En el roto dintel de su ventana,
El tiempo compasivo, para espejo
Un cristal le dejó, que tinto en grana,
Con el beso de luz de la mañana
Ilirió su sién con tímido reflejo.
Y al levantar la niña la cabeza
Por tan santo dolor embellecida,
Vió en él su cabellera desaparecida,
Y asombróse á ella misma su belleza.
Loca, transfigurada,
Cual contempla el avaro su tesoro,
Miró el torrente de sus rizos de oro,
Y....—Madre, murmuró, ya estás salvada!
Levantóse, y al par se levantaron
En su mente fantasmas tentadores,
Mil recuerdos de dichas y de amores
Que sus ojos de niña destimbraron.
De un mancebo, que ausente idolatraba,
Eran todo el encanto aquellos rizos....
¡Cuán bellos el cristal los retrataba!
¡Cómo perder por siempre sus hechizos?

Pero se oyó un gemido de agonía,
Y moribunda se agitó la anciana;
Y dejando la niña la ventana,
— ¡Perdón, dijo llorando, madre mía!
Y junto al pobre lecho de rodillas
Desgajaba el raudal de sus cabellos,
Que besaban llorando sus mejillas
Al caer cual las hojas amarillas....
— ¡Un pedazo de pan bien valen ellos!
Exclamaba con triste desconsuelo;
¡Ten, madre, para tí la última alhaja!....
Mas de sus bucles al caer el velo
Cual rama que del tronco se desgaja,
Vió un cadáver.... y dijo:— ¡Está en el cielo!
¡Le han servido mis rizos de mortaja!

Madrid, 1886.

BLANCA DE LOS RIOS.

CINERARIA.

A la memoria de mi joven amigo el Lic. Francisco Zaldívar y Flores.

Cuando la humana ventura
Como un sol en el Oriente,
Lanzaba sobre tu frente
Su luz espléndida y pura....

Cuando en derredor veías
Estrellas, pájaros, flores,
Y los más santos amores
En tu dulce hogar tenías,

Cuando con limpia conciencia
Que tu noble obrar abona,
Te ceñiste una corona
En el templo de la ciencia,

Cuando era tu afán vivir
En el hogar que hoy te llora,
Para darle hora tras hora
Dichas en lo porvenir,

Entonces.... ¡triste destino
Que el corazón no comprende!
Un negro manto se extiende
En tu juvenil camino.

Se enluta tu claro día,
Y en un breve amargo instante
Hundes el rostro expirante
En la tumba oscura y fría.

¿Qué mano te arrebató
De la tierra tan temprano?
¿Qué ignota y terrible mano
Tu existencia marchitó?

¿No le infundieron piedad
De tus padres ¡ay! el llanto,
Su amor infinito y santo,
Su angustia, su soledad?

¡Moriste! volaste en pos
De otra región más serena
Y en tu hogar hay luto y pena
Desde tu postrer adiós.

Hijo amante, noble amigo,
Aégoe en la eternidad
Las flores de mi amistad
Para que vivan contigo.

¿Puede al despuntar el día
La oscura noche volver?
¡Y en tu hermoso amanecer
Hubo noche eterna y fría!

Sol que asoma y desaparece:
Lleva en tu cauda prendida
Una lágrima, nacida
De un corazón que padece.

JUAN DE D. PEZA.

A MI RESPETABLE AMIGO

EL EMINENTE POETA D. JOSÉ ZORRILLA.*

España en ingenios rica
Tanto al premiarlos se achica,
Según la fama pregona,
Que en vida los crucifica
Y en muerte los galardona.

Y hay motivo de afligirse
Y de las glorias reirse
Ante este axioma fatal:
«Para llamarse inmortal,
Es necesario morirse.»

De la gloria en el calvario,
Como premio extraordinario,
Al genio de España un pase
Para hacerle el centenario
Correspondiente á su clase;

Donde gasten sin desdolos
Sus nada grandes tesoros
Los ciudadanos sencillos,
Entre corridas de toros
Y corridas de novillos.

Tú solo en nuestra nación,
Siendo ¡oh Zorrilla! excepción
De la regla general,
Lograste ser inmortal
Sin bajar al panteón.

¿Quién admira con tibieza
De tu numen la grandeza?
¿Quién, tus versos al leer,
No te baja su cabeza
Sin poderse contener?

(*) Versos leídos en el banquete dado al autor de D. Juan Tenorio por el Casino de Murcia el día 8 de Enero último.